"Es cosa muy hermosa
cumplir en todo la voluntad de Dios"



SIERVA DE DIOS
MADRE
VICENTA GUILARTE ALONSO

Hija de Jesús

SIERVA DE DIOS
MADRE
VICENTA GUILARTE ALONSO

Hija de Jesús

IMPRIMATUR:

D. Florentino Gutiérrez Sánchez

Vicario General

Salamanca, 2011

UNA BREVE BIOGRAFÍA

BURGOS (1879-1901)

Vicenta Guilarte Alonso nació el 21 de enero de 1879, en Rojas de Bureba (provincia de Burgos, España). Sus padres fueron Esteban Guilarte Pérez y Francisca Alonso Munguía. Esteban era viudo y ya tenía 4 hijos cuando se casó con Francisca, luego tuvieron otros 3 antes de nacer Vicenta y luego otros 2 hijos más. Formaban una gran familia que vivía de forma apacible y sencilla en ese ambiente rural. Esteban era agricultor y Francisca también pertenecía a una familia de agricultores.

El 23 de enero de 1879, Vicenta fue bautizada en la Parroquia de San Andrés Apóstol, en Rojas de Bureba, por el párroco, el Padre José María de Ugarte siendo su padrino de bautismo su hermanastro mayor. El ambiente del pueblo y de la familia era profundamente cristiano, con un buen número de vocaciones sacerdotales y religiosas. Dos de sus tíos paternos eran sacerdotes, otro era un religioso, y un tío materno era párroco.

Dios estaba muy presente en su casa, y Vicenta recibió de su familia, una sólida educación católica y una profunda fe que se transmite de generación en generación.

El amor de Dios era palpable en las relaciones de afecto entre los miembros de la familia que convivían y se educaban como hermanos totalmente iguales sin distinguir para nada los del anterior matrimonio y los nuevos. El hermanastro mayor de Vicenta como ya hemos dicho fue su padrino de bautismo, y su hermanastra Juliana acompañó a Vicenta cuando ésta estuvo viviendo durante algún tiempo con el sacerdote hermano de su madre Francisca. Fue en su parroquia donde Vicenta recibió el Sacramento de la Confirmación cuando tenía 13 años de edad.

Cuando Vicenta tenía 17 años, murió su madre, y en menos de un mes también su padre. Entonces uno de los tíos paternos, el sacerdote José Guilarte Pérez, acogió a Vicenta y a su hermana menor para vivir con él en la ciudad de Burgos. Desde allí, acompañada por su tío sacerdote, Vicenta viajó para entrar en el Noviciado del Sagrado Corazón en Salamanca, el 15 de octubre de 1901. Fue recibida por la Fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús, la Madre Cándida María de Jesús[1].

SALAMANCA (1901-1911)

La Congregación de las Hijas de Jesús, dedicada a la educación cristiana de la juventud, se había fundado sólo treinta años antes, en 1871 en Salamanca, por la Madre Cándida María de Jesús, bajo la dirección de un sacerdote jesuita, P. Miguel San José Herranz. Juana Josefa, como así se llamaba la que sería fundadora, era una niña de pueblo procedente de una familia sencilla, y poca preparación intelectual debido a las circunstancias sociales de la época, pero, superando estas limitaciones, respondió con gran fe y fidelidad a la gracia de Dios, y abrió escuelas para niñas de todas las clases sociales, incluidas las escuelas dominicales para sirvientas de hogar.

Tanto la entrada de Vicenta en la Congregación como sus primeros años en ella, coincidieron con unos acontecimientos más importantes y emocionantes de la historia de la Congregación. Por lo tanto, Vicenta se encontró con un ambiente y realidad extraordinaria cuando se hizo Hija de Jesús.

La Congregación acababa de pasar por una etapa de rápido crecimiento a pesar de las constantes dificultades económicas. En diez años, desde 1886 a 1896, la Madre Cándida abrió siete colegios, y en julio de 1899 la Congregación fue oficialmente reconocida por el gobierno español. En el año 1901, cuando entró Vicenta, ya tenían diez casas, incluido el Noviciado. En ese momento había 98 herma-

1. La Madre Cándida María de Jesús fue canonizada por el Papa Benedicto XVI el 17 de octubre del 2010 en Roma.

nas, ya profesas y 14 novicias. Durante ese año, la Madre Cándida recibió la noticia de la tan esperada aprobación pontificia de la Congregación el 30 de julio de 1901 por el Papa León XIII, y comunicó a sus hermanas sus sentimientos de profunda gratitud a Dios y el deseo de responder a sus favores mediante la observancia fiel de las Reglas de la Congregación y de vivir una vida santa.

El 8 de diciembre de 1901, Vicenta comenzó su noviciado uniéndose a los primeros grupos de novicias que vivían con la Madre Cándida, en el edificio "Los Mostenses", en Salamanca. El serio esfuerzo de la fundadora para formar a sus hijas en el espíritu de la Congregación y en la observancia de las Reglas, incluso en los detalles más pequeños, causó un enorme impacto en las novicias que entraron en contacto con su presencia y edificante ejemplo.

En los dos años que duró el noviciado de Vicenta, ocurrieron dos hechos importantes en la vida de las Hijas de Jesús y en ella misma. El primero fue la aprobación pontificia de las Constituciones de la Congregación *"ad experimentum"* durante tres años, el 18 de septiembre de 1902. Y la segunda fue la profesión perpetua del primer grupo de Hijas de Jesús el 24 de septiembre de 1903. La alegría y el fervor prevalecían en el ambiente, y la Madre Cándida instó a sus hijas a ver las circunstancias Congregacionales como regalos de Dios, a los que había que responder con gratitud y deseos de santidad. El efecto saludable de esta formación en la joven Vicenta perduró durante toda su vida.

El 8 de diciembre de 1903, a los 24 años, Vicenta Guilarte pronunció sus primeros votos. Desde el momento en que Vicenta hizo sus primeros votos (1903) hasta que dejó Salamanca (1911), fue asignada como profesora para la educación de jóvenes, aunque esa no fue su única actividad.

El edificio de "Los Mostenses", que había sido donado a la Congregación por la Marquesa de Castellanos, se había dejado un tanto abandonado durante muchos años, y necesitaba renovación. No había agua corriente ni ninguna otra comodidad de uso. A M. Vicenta, por orden de la Madre Cándida, se le encomendó la tarea de conseguir agua de la fuente pública por la mañana temprano. Y ella, para que no la reconocieran, iba vestida como una campesina. En los diez años que estuvo en Salamanca, de 1901 a 1911, contribuyó

con su trabajo a las primeras etapas de la remodelación del edificio, incluso levantando las pesadas losas con sus propias manos. También cuidaba a las hermanas que tenían diversas enfermedades, dedicando muchas noches a escucharlas y conversar con ellas, ayudándolas en sus últimos momentos.

Salvo por haberse realizado en un contexto crucial en la historia de las Hijas de Jesús, se podría decir que el proceso de formación de Vicenta fue totalmente normal. Ella renovó sus votos con regularidad hasta que hizo su tercera probación en Salamanca en 1908. El 8 de diciembre de 1909 hizo su profesión perpetua en manos de la Madre Cándida, en la capilla del noviciado en Salamanca. La formación religiosa de Vicenta, tan cercana a la Madre Cándida, la marcó de por vida. Ella era conocida por hablar de la Madre Fundadora con gran afecto, devoción y veneración, recordando a las demás hermanas que entraron en contacto con ella, cómo enseñaba la Madre Fundadora a observar las Reglas y Constituciones y a ser santas. Vicenta lo enseñaba más con sus propias obras y ejemplos, que con sus palabras.

Vicenta continuó en Salamanca durante dos años, hasta 1911, cuando fue enviada a Brasil por la Madre Cándida formando parte de la primera expedición misionera de las Hijas de Jesús.

PYRENÓPOLIS (1911-1927)

El envío de seis Hijas de Jesús para fundar una comunidad fuera de España por primera vez, fue la respuesta de la Madre Cándida a la propuesta del obispo de Vitoria (España), Monseñor José Cadena y Eleta, que había recibido la solicitud del obispo de Goiás, Monseñor Prudencio Gomes da Silva, a través de una carta del Vicario de Pyrenópolis (Goiás), Padre Bruno Alberdi Zugadi, en diciembre de 1910. Fray Bruno hablaba de un benefactor que estaba dispuesto a donar el edificio y los terrenos de una escuela. También describió Pyrenópolis como la ciudad más importante en el estado de Goiás, pero no dijo que estaba en el corazón mismo de la selva y por tanto muy difícil de llegar hasta allí.

No fue una empresa fácil, pero la Madre Cándida de inmediato comenzó los preparativos para la fundación. Y el 30 de septiembre de 1911, seis hermanas (Manuela Azcue, Dolores Esteban, María Sánchez, Vicenta Guilarte, Antonia Altuna y Josefa Macatzaga) se despidieron de la Madre Cándida en Salamanca. La Madre Vicenta llevó este recuerdo a Brasil. Dos hermanas de la congregación, Ángela Cipitria y Joaquina Gómez, las acompañaron hasta el puerto de Cádiz y al propio buque, que partió hacia Brasil el 3 de octubre.

En el barco, sufrieron todo tipo de vicisitudes, intenso calor, tempestades, y mareos, pero finalmente, a las 11 de la noche del 18 de octubre, llegaron al puerto de Santos (Brasil). Sin embargo, el barco no atracó en el muelle hasta que se hizo la luz a la mañana siguiente. Las hermanas se sintieron gratamente sorprendidas por el bonito paisaje, pero estaban preocupadas por si encontrarían fácilmente al Padre Bruno. Cuando finalmente lo descubrieron, se sintieron con gran alivio desbordadas por la emoción.

El P. Bruno, a la vista de la juventud de las hermanas y temiendo que no estuvieran preparadas para las dificultades que iban a tener, las previno de su difícil misión y las ofreció que si deseaban regresar, tenía dinero preparado para su viaje. Las hermanas no aceptaron la oferta. Tal vez se refería a este incidente la Madre Vicenta cuando más tarde escribió a la Madre Cándida diciendo que trataba de estar siempre alegre, para que el Padre Bruno no le dijera: "Así que, ¿siente nostalgia de su casa?".

Después de almorzar y descansar iniciaron el viaje por tierra. El primer trecho en tren duró tres días. El 19 de octubre, pasaron la noche en Campinas y el 20 en Franca. El 21, recibieron la Santa Comunión por primera vez en Brasil. Llegaron a Araguari por la noche. Fue un descanso bien merecido, después de 3 días de lucha con el calor brasileño y el polvo en el tren. En Araguari cogerían otro tren durante unos 50 kilómetros, y luego tendrían que hacer el resto del viaje a caballo.

El 23 de octubre, hicieron los 50 km. de viaje en tren, y después de cruzar un río, caminaron media legua hasta que llegaron al punto en que el equipo del Padre Bruno, con cinco personas y 15 caballos, las esperaba para hacer las últimas setenta leguas de viaje hasta Pyrenópolis. Parecía una distancia corta en comparación con las

200 leguas que ya habían recorrido, pero los tres días de viaje en tren eran en realidad un simple preludio a lo que se tuvieron que enfrentar a partir de entonces, los bosques vírgenes y el interior que sólo podían ser recorridos a caballo. Como ninguna de las hermanas había montado jamás tuvieron que aprender sobre la marcha, sufriendo algunas caídas que se tomaron con buen ánimo y resignación.

A menudo tenían que ir en fila india por lo estrecho del camino, a veces bajo el sol y en otros momentos bajo la lluvia torrencial. Comenzaron a encontrarse con los bosques y otras características del paisaje de Brasil de las que habían oído hablar antes de salir de España. El camino que tuvieron que recorrer estaba marcado por empinadas cuestas, subidas y bajadas junto a gigantescos precipicios además de estar muchas veces resbaladizo por los constantes aguaceros. En algunos momentos, su único recurso ante los peligros era cerrar los ojos y confiar en Dios y en sus caballerías.

A lo largo del camino tuvieron la "suerte" de pasar las noches en granjas, en compañía de las arañas y las cucarachas (la Madre Vicenta escribiría acerca de ello con humor). El P. Bruno y sus compañeros dormían al aire libre en tiendas de campaña que habían traído con ellos. A las seis de la mañana, el Padre Bruno celebraba Misa para ellas y las administraba la Sagrada Comunión; después del desayuno se reanudaba el viaje, que finalizaba rezando el Rosario entre todos con solemnidad, a veces incluso con una canción. La Madre Manuela, la Superiora, describía a la Madre Candida su viaje como muy difícil pero compensado por la buena y generosa compañía sin la que hubiera sido imposible hacer dicho recorrido.

Después de 15 días de viaje a caballo llegaron a Pyrenópolis en la tarde del 7 de noviembre. No obstante, la mayor mortificación de Vicenta seguía siendo la separación de las hermanas en Salamanca, tal como ella escribe a la Madre Cándida. Pero también decía que encontraba la satisfacción y la fuerza haciendo la voluntad de Dios en este caso particular *"...en medio de todo esto, sentía un impulso interior que me hacía decir: es cosa muy hermosa cumplir en todo la voluntad de Dios; yo, ahora, con esta separación, también la estoy cumpliendo. Y esto me alentaba y me alienta, porque es la divisa que procuro tener en todo"*.

Después de la entusiasta acogida por las autoridades civiles y los habitantes de Pyrenópolis, las hermanas inmediatamente comenzaron con los preparativos de la tarea que tenían que realizar: conocer a la gente, aprender el idioma, etc., en la medida permitida por la limitación de sus contactos con el mundo exterior. El 30 de noviembre, tenían ya el Santísimo Sacramento en la casa y la escuela se inauguró el 8 de diciembre, comenzando las clases al día siguiente.

Vicenta se adaptó muy bien a su nuevo destino, al no encontrar dificultades con el clima, el calor ni la comida. Ella enseñaba en la escuela pública con Josefa, aunque seguía siendo difícil entenderse con el nuevo lenguaje. En un momento, contando sus experiencias escribió: *"Todo es la costumbre y el hacer las cosas por Dios"*. Todas las hermanas se adaptaron bien a su nueva vida con una gran apertura, amor y sentido del humor, que abarcaba la tierra y las personas a las que Dios les había traído.

El 12 de febrero de 1912, otras seis Hijas de Jesús llegaron a una segunda expedición a Brasil, en Mogi Mirim (São Paulo). Pero era tan grande la distancia entre esos dos lugares que las hermanas de Pyrenópolis no supieron nada de ellas hasta abril. También durante el mismo año, el 9 de agosto, la Madre Cándida falleció en Salamanca. A pesar del profundo dolor de su muerte para toda la Congregación, como buenas hijas continuaron cada una con su misión. El 23 de diciembre de 1912, un tercer grupo de hermanas había llegado a Brasil para otra fundación. El 2 de enero de 1913, M. Ángela Cipitria (la hermana de la Madre Cándida) fue elegida Superiora General de la Congregación.

El 25 de noviembre de 1913, apenas dos años después de su llegada, M. Dolores Esteban falleció. Su enfermedad de diabetes, fue tratada equivocadamente por los médicos creyendo que era tuberculosis. Dos hermanas más fueron entonces enviadas desde España a principios de 1914 para reforzar la comunidad. Esta vez fueron recibidas en Santos por hermanas de la comunidad de Mogi Mirim, y desde allí hicieron el viaje con el Padre Bruno y cuatro compañeros. Según parece, este viaje a Pyrenópolis no resultó más fácil que el de la primera vez.

En febrero de 1916, la Vicaria General, Madre María Igarategui y la Secretaria General Josefa Uranga, trataron de visitar Pyrenópo-

lis, pero tuvieron que regresar a Mogi Mirim sin haberlo conseguido. Por último, en mayo, la Madre María envió en su lugar a la Madre Josefa, acompañada de otra hermana. Esta vez tuvieron éxito aunque el viaje les llevó diez días.

Los años siguientes estuvieron marcados por diversos problemas derivados de la constante dificultad en la comunicación con las Hijas de Jesús en Salamanca, escasa matrícula en la escuela, y el aislamiento de la comunidad de Pyrenópolis de las otras comunidades fundadas más tarde en Brasil. No obstante, la Escuela Normal fue inaugurada el 1 de febrero de 1923.

En enero de 1925, la Madre Vicenta fue nombrada Vicesuperiora de la comunidad. En 1926, la nueva Superiora General, M. Eloisa Andrés, hizo su visita canónica a Brasil. Una vez más, como la Vicaria General había experimentado en 1916, se encontraron que Pyrenópolis era inaccesible, sufriendo demoras y dificultades en su viaje. Por último, al final del año, la casa se cerró en Pyrenópolis, y las hermanas fueron destinadas a diferentes comunidades siendo la Madre Vicenta enviada a Leopoldina.

Después de haber pasado por tanto sufrimiento con el fin de cumplir su misión y de haber crecido el amor a la gente de Pyrenópolis, la salida fue una gran prueba para la comunidad, pero aceptaron la decisión por la fe y la obediencia debida.

Vicenta abandonó Pyrenópolis con tristeza, pero se ilusionaba con las ganas de abrazar a su nueva "familia" en Leopoldina con su propia alegría y su fuerza en hacer la voluntad de Dios. Como ya había escrito a la Madre Cándida a su llegada a Pyrenópolis, al encontrarse separada de todo lo que conocía en España, "*...en medio de todo esto, sentía un impulso interior que me hacía decir: es cosa muy hermosa cumplir en todo la voluntad de Dios; yo, ahora, con esta separación, también la estoy cumpliendo. Y esto me alentaba y me alienta, porque es la divisa que procuro tener en todo*". Por ello dejó Pyrenópolis armada con el mismo lema, con la misma postura que había asumido cuando comenzó su vida allí quince años antes. Y de nuevo, el seguir la voluntad de Dios le dio la fuerza, la tranquilidad y la alegría, para hacer frente a una nueva vida.

LEOPOLDINA (1927-1960)

La Madre Vicenta llegó a Leopoldina el 14 de enero de 1927 y allí permaneció 33 años, hasta su muerte el 6 de julio de 1960.

Hasta su llegada a Leopoldina, ella se había dedicado a la enseñanza, tanto en Pyrenópolis como en Salamanca. En Leopoldina, sin embargo, hubo un cambio inesperado en sus tareas. A Vicenta, que era profesora le encomendaron recibir a las visitas en la escuela "Inmaculada Concepción". Controlaba además que las estudiantes entraran puntuales en clase. Su lugar de trabajo se convirtió en la portería, y nunca volvió a impartir clases en las aulas. Y aunque fue nombrada como Vicesuperiora y como consultora local durante varios períodos (se encargó también de la sacristía), fue siempre conocida como la "Portera" del "Inmaculada" en Leopoldina.

Podía parecer una humilde posición, y esa misión sorprendió a las propias hermanas, incluso muchos años después. Sin embargo, Vicenta no sólo aceptó ese puesto sin ningún problema, sino que se adaptó muy bien al mismo. Ella era conocida por tener un temperamento fuerte, pero igualmente tenía un gran auto-control que la permitía mantener un rostro tranquilo, incluso cuando era provocada. Mantuvo una paciencia permanente y nunca se irritaba, cosa que se considera extraordinaria en alguien que tiene que tratar con toda clase de gente que llama a las puertas de la escuela. Desde los primeros años, su servicio en la portería se caracterizó por la serenidad, la sencillez, la fidelidad, la cordial bienvenida a todos, especialmente a los pobres, y el constante buen humor de quien ve la presencia de Dios en cada persona.

CON LAS ALUMNAS

Desde el principio, muchas de las alumnas que entraron en contacto con Vicenta se sintieron atraídas por su persona. La buscaban y disfrutaban con su conversación. Frecuentemente se despedían de ella después de las clases. Ellas valoraban los consejos que les daba de una forma amigable, y que contribuían a transformar sus vidas. Dijeron que la Madre Vicenta les enseñó a amar a Dios y a sus pró-

jimos. Que recordaban su sonrisa constante, y el rosario que llevaba continuamente en sus manos. Muchas no sabían que ella sufría de asma, ya que incluso el calor de la ciudad no parecía molestarle.

Cuando llegaban las épocas de exámenes le pedían que rezara por ellas. Pero ella les decía que lo primero que tenían que hacer era estudiar mucho para hacer bien su parte, y luego atreverse a rezar a la Virgen María para que les ayudara. Y después de pasar los exámenes, cuando volvían a agradecérselo, siempre se refería a la Inmaculada Concepción, exhortándoles a tener mucha fe.

Para un gran número de estudiantes, el contacto con la Madre Vicenta influyó mucho en su respuesta afirmativa a la llamada de Dios a la vida religiosa en la misma Congregación. Entre ellas estaban las niñas que buscaban a la M. Vicenta mientras se encontraban en la escuela, cautivadas por su afectuosa bienvenida y felices de estar en su compañía. Sus conversaciones con M. Vicenta las marcaron de por vida, haciendo que vieran a Dios en las personas y en las cosas.

CON LAS FAMILIAS DE LAS ALUMNAS

Los saludos de la Madre Vicenta en la portería del colegio estuvieron marcados no sólo por la amabilidad y afecto, sino también por una notable prudencia, que atrajo a los jóvenes y adultos por igual, más allá del círculo de las alumnas. Todos buscaban su consejo y confiaban en sus oraciones. A través de sus enseñanzas en cada conversación, Vicenta atrajo a muchas personas a la fe.

Su firme fe en Dios y sus palabras de consuelo ayudaban a todos en sus problemas, preocupaciones, e incluso enfermedades. Para muchos, era como una segunda madre. Incluso los jóvenes más impetuosos se hacían dóciles con ella. Sobre todo influía en los alumnos y alumnas que iban a la escuela y conversaban con ella, quedando en paz cuando se iban, confiando en sus oraciones.

Se percibía en ella algo especial, una profunda humildad, junto con la sabiduría y el conocimiento del alma, que le permitió llegar al corazón de las personas con las palabras necesarias para cada uno en el momento oportuno, tanto si tenían que ser de ánimo

como de advertencia. Madre Vicenta era profundamente respetuosa, pero no dudó en corregir a cualquiera si creía que iba por mal camino, y su forma de corrección sencilla, amable y cariñosa en lugar de ofender a los demás, les llevaba a la conversión.

Ella acogía con satisfacción a los pobres y a los ricos por igual, con el afecto de una madre y una amiga. Vicenta parecía conocer a todos los habitantes de Leopoldina, de cualquier clase social, y era muy querida y admirada, solicitando todos sus oraciones y consejos. Tanto es así que cuando ella salió para España en 1937, habiendo sido elegida por sus hermanas para asistir al Capítulo General en Salamanca, la gente dijo a la hermana que la sustituyó en la portería, que deseaba que Vicenta volviera de nuevo con ellos a Leopoldina.

CON LAS HIJAS DE JESÚS

En la comunidad de las Hijas de Jesús, había hermanas jóvenes que habían vivido con M. Vicenta, quienes reconocieron el importante papel que ella había desempeñado en su formación. Su mirada, la oración incesante, y buenos consejos habían ejercido una considerable influencia sobre ellas, y su ejemplo sencillo las hizo cambiar.

En la portería, ella se sentaba cerca de la entrada principal de tal manera que podía hacer a la vez su tarea y al mismo tiempo tener puesta la mirada en adoración al Santísimo Sacramento en la capilla. Haciendo caso omiso del calor o de la fatiga, asistió a las personas de todo tipo, especialmente a los jóvenes que confiaban en ella y se dejaban dirigir con satisfacción. Se sabe que ella nunca se quejó, ni pidió nada para sí misma, sino sólo para los pobres, que llegaron a la puerta de la escuela; tenía permiso para darles alimento o limosna. Su solicitud por las hermanas enfermas fue excepcional. Para algunas ella encarnaba el espíritu de la Madre Candida.

CON LOS SACERDOTES Y SEMINARISTAS

Un aspecto importante en la vida de la Madre Vicenta era alimentar las vocaciones sacerdotales. La primera indicación perceptible de ayudar a los sacerdotes con sus oraciones, obras y sufrimientos fue en 1931 según se ha visto en sus notas espirituales.

En 1936, sólo nueve años después de su llegada a Leopoldina, Vicenta ya tenía fama de ayudar a los sacerdotes. Así, un seminarista de 19 años que se limitó a pasar por Leopoldina, fue a ver a la Madre Vicenta porque el dueño de la casa donde se alojaba, le dijo que los seminaristas de Leopoldina, o los que pasaban por la ciudad, siempre iban a verla y solicitar sus oraciones para su perseverancia en la fe y en el sacerdocio. Él quedó impresionado por su sencillez y humildad, y lo que percibió en ella –la fe, el amor de Dios, y una paz sobrenatural– que le afectó profundamente. Por eso continuó haciendo visitas a la M. Vicenta con fidelidad al final de cada año escolar, y esa relación continuó hasta su muerte. Él mismo le dio los últimos sacramentos.

CON EL OBISPO

En 1943 se creó una diócesis en Leopoldina, y su primer obispo, Monseñor Delfim Ribeiro Guedes, llegó y fue recibido con entusiasmo por su rebaño. Era nativo de Maria da Fé, al sur de Minas Gerais, fue consagrado el 3 de octubre de 1943 en Pouso Alegre, y tomó posesión de su nueva diócesis el 31 de octubre de 1943. Desempeñó su misión como Obispo de Leopoldina hasta 1960, cuando al crearse la Diócesis de São João del Rey fue nombrado su primer obispo.

Se convirtió en uno de los que fueron ayudados por la Madre Vicenta con sus oraciones y conversaciones, y es un hecho bien conocido que él envió a algunos sacerdotes a verla también. Evidentemente, al igual que a los jóvenes, Vicenta les ayudaba a transformar sus vidas. Ella aprovechaba la oportunidad cuando a los sacerdotes les servía el desayuno o meriendas en la escuela, para

conversar con ellos. Y con esta actitud y amor fueron muchas las vocaciones sacerdotales que fomentó.

Las hermanas que vivían con ella en la comunidad conocían bien este servicio que ella hacía a los sacerdotes y seminaristas, y cómo Mons. Delfim los enviaba a ella, aunque nunca presumió de ello. A pesar de la alta consideración que le mostraban el obispo y los sacerdotes, ella seguía siendo sencilla y humilde. Con todo lo que ella sabía acerca de la vida de los sacerdotes, mantuvo siempre una gran discreción, y mucho respeto y cariño para ellos, y deseaba que sus hermanas hicieran lo mismo.

Tan grande era la confianza de Mons. Delfim en Vicenta que confió los problemas de la diócesis a sus oraciones. Y él le envió no sólo los sacerdotes y seminaristas, sino también otras personas necesitadas de consuelo o consejos.

CON LOS POBRES

Aunque la Madre Vicenta daba la bienvenida a todos con la misma amabilidad y afecto, prestó especial atención a los pobres, y se esforzó por fomentar en las estudiantes el mismo amor a los necesitados. Ella era conocida por tener el mismo trato con los pobres que con el Obispo.

En lo que a ella concernía Vicenta se mantenía dócil y tranquila. Pero en lo que a los pobres se refería los defendía con firmeza. Sus intervenciones en nombre de los pobres tenían lugar tanto en cualquier actividad ordinaria de la escuela, como en el caso de la estudiante cuya familia no podía pagar la matrícula escolar, o la alumna que trató mal a una niña pobre. Y en otro momento, cuando una hermana en la comunidad reaccionó mal espontáneamente hacia ellos, la Madre Vicenta le hizo ver la condición de los pobres, y la especial presencia de Dios en ellos.

ANTE LA INMINENTE CLAUSURA DEL COLEGIO

En la década de 1950, la comunidad de Leopoldina se enfrentó a una seria crisis debido a las dificultades económicas. El colegio de la "Inmaculada Concepción" había presentado pocos avances, la matrícula se había mantenido la misma durante años, también faltaban maestros y personal, además era esencial construir un nuevo edificio o hacer una amplia renovación del antiguo que se había quedado bastante viejo.

En 1952 se suprimieron los tres primeros grados de la escuela primaria por falta de estudiantes y profesores, y se obtuvo el permiso de la Secretaría de Educación de mantener las clases privadas de ese año y el próximo. Los años 1954 a 1956, continuaron en la duda y la incertidumbre sobre el futuro de la escuela.

Con los rumores en toda la ciudad sobre el posible cierre del colegio, la matrícula disminuyó aún más. Sin embargo, mientras todo el mundo pensaba que la escuela se iba a cerrar Vicenta confía y espera en Dios insistiendo en que no iba a suceder.

En 1957 la Madre Natividade Cordeiro do Valle fue designada como Superiora de la comunidad. Natividade estaba preocupada, y Mons. Delfim no estaba a favor del cierre de la escuela, pero nadie sabía cómo se podría resolver el problema. Tanto ella como el Obispo pidieron a Vicenta sus oraciones para salvar la escuela, y sorprendentemente, no mucho después, las cosas comenzaron a mejorar, se las ofreció una nueva ubicación y empezó a aumentar la matrícula, y al final, la "Inmaculada Concepción" continuó en activo. Para M. Natividade, y para otros muchos, ello se debió a las oraciones de la Madre Vicenta.

HACIA EL FINAL

Mientras tanto la edad se iba cobrando su precio en la salud de Madre Vicenta. En primer lugar, fue el asma, que ella ya tenía cuando llegó a Leopoldina. A veces era tan fuerte que se sentía incapaz de respirar. También sufría de presión alta. Su memoria y la vista estaban empezando a disminuir. Inevitablemente, la vejez provoca-

ba su debilitamiento y disminución de facultades, pero ella continuó con su actividad como portera.

En la noche del 20 de mayo de 1960, cuando Vicenta iba a acostarse, se cayó en el descansillo de la escalera que conduce a la enfermería. A la hermana que vino a su ayuda le dijo: *"Es el Señor; me he roto la pierna... Me duele mucho, me duele mucho"*. Llamaron al médico que sólo pudo darle primeros auxilios y algún calmante. Dado que el radiólogo estaba ausente, no pudieron hacerla una radiografía hasta cuatro días más tarde en el hospital "La Santa Casa". Así se vio que tenía una fractura en la cabeza del fémur de la pierna izquierda. Hicieron un armazón ortopédico muy elemental y la llevaron de vuelta a la comunidad. Aunque su lesión no se consideraba grave, requería reposo absoluto y la inmovilidad de sesenta días, y necesitaba atención constante debido a su edad y la deficiencia cardíaca.

Ella sufría mucho, pero un día a la hermana que le preguntó si estaba muy afectada la respondió: *"Sí, pero para Dios, todo esto es todavía muy poco"*. Para las hermanas que la acompañaban en su sufrimiento sólo tenía palabras de aliento: *"Fue Dios quien permitió esto; paciencia"*.

Unos días más tarde, en vista de su estado pensaron que era bueno darle los últimos Sacramentos, y Mons. Guilherme Oliveira, el Vicario General de la diócesis, llegó en la noche del 30 de mayo. El 1 de julio, su estado empeoró y el final parecía cercano. Después de recibir el Viático ese día, no pudo hablar de nuevo, pero los movimientos de sus ojos, su cabeza, o simplemente su expresión facial sonriente ante cualquier palabra, indicaban que podía escuchar y entender todo lo que se la decía.

El 2 de julio, Mons. Delfim, acompañado por Mons. Guilherme, vino y le dio su bendición. Colocó su cruz pectoral en sus manos temblorosas y le hizo varias peticiones: que ella fuera su ángel de la guarda y el de la diócesis, que recordara a la Congregación, y que rogara por el colegio, por los sacerdotes y seminaristas, etc.

Al día siguiente ella entró casi en coma. En la mañana del 5° día, Mons. Guilherme vino y rezó la recomendación del alma y le dio la bendición. Mientras estaban orando, llegó el Dr. Helio Guimaraes França. Se arrodilló y se unió a ellos. Por la tarde la visitó una vez

más, tenía una fiebre de 39,3°, que siguió aumentando hasta llegar a 41°. Acompañada de todas las hermanas, rezaron el rosario y las invocaciones cantando himnos a la Virgen María. Murió en silencio y pacíficamente a las 4:25 de la mañana el 6 de julio de 1960.

Más tarde, llevaron el cuerpo a la capilla del colegio, y cuando se extendió por Leopoldina la noticia de su muerte, la gente comenzó a venir en masa a hacerse presente ante la Madre Vicenta. No sólo vinieron de Leopoldina sino también de muchas otras ciudades y pueblos cercanos. Todos querían besar sus manos o tocar su ataúd y su cuerpo con rosarios y medallas. Era verdaderamente un signo de afecto y gratitud hacia Vicenta que había sido como una madre para muchos de ellos, y que se había convertido en parte de la "familia" de Leopoldina en los treinta y tres años que había vivido allí.

A la hora habitual, Mons. Guilherme celebró la Misa de Réquiem. Por la tarde, Mons. Delfim y Mons. Guilherme llegaron para presidir el rito fúnebre, al que asistieron prácticamente todos los habitantes de Leopoldina, y el clero de toda la diócesis, que estaban con Mons. Delfim ya que en ese momento se celebraba el retiro anual.

El inmenso cortejo fúnebre al cementerio "Nossa Senhora do Carmo" con la presencia de autoridades civiles y eclesiásticas, estudiantes, alumnos, y la gente del pueblo fue impresionante y entrañable. Toda la ciudad se acercó a dar el último adiós a la Madre Vicenta con respeto, cariño y agradecimiento a los favores recibidos de ella.

El alcalde de Leopoldina, el Dr. Jairo Salgado Gama, al conversar más tarde con las hermanas sobre el funeral, declaró: *"Madre Vicenta no era sólo de Vdes., era un patrimonio de Leopoldina"*.

Al final, la Madre Vicenta, que había abandonado las aulas por obediencia, se convirtió en una Hija de Jesús educadora por excelencia, al lograr que innumerables personas de todas las edades crecieran en la fe y en el amor a Dios y a sus hermanos, desde su humilde puesto en la portería del colegio de la "Inmaculada Concepción" de Leopoldina.

****

LA CAUSA PARA CANONIZACIÓN DE LA MADRE VICENTA

El 24 de abril de 1992, en la diócesis de Leopoldina, fue introducida la Causa para la Canonización de la Sierva de Dios Vicenta Guilarte Alonso por el Obispo diocesano, Mons. Ricardo Pedro Chaves Pinto Filho, O. Praem. El proceso diocesano se cerró el 5 de octubre de 1993[2].

El 29 de septiembre de 1993, los restos mortales de la Madre Vicenta fueron exhumados en el Cementerio Municipal para el reconocimiento canónico, y posteriormente fueron trasladados a la capilla del Colegio de la Inmaculada Concepción, donde permanecieron hasta el 3 de agosto de 2007, en que fueron trasladados a la Catedral "São Sebastião" de la diócesis de Leopoldina. La Congregación para las Causas de los Santos dio autorización para que el Obispo diocesano Mons. Darío Campos, OFM, pudiera llevar a cabo dicho traslado para que el pueblo de Leopoldina tuviera un acceso más fácil a las reliquias de la Sierva de Dios Madre Vicenta Guilarte Alonso, F.I. El relicario está en la parte derecha de la entrada principal de la catedral diocesana, de modo que todos puedan recordar que la Madre Vicenta fue siempre "Portera" y hoy da la bienvenida a quienes la invocan, dirigiendo su mirada a Nuestro Señor presente en la Eucaristía[3].

Anna María Cinco, F.I.
Postuladora General
Hijas de Jesús
6 de julio 2011

2. El proceso fue abierto en Roma el 29 de octubre del 1993.
3. IMPORTANTE: La causa de canonización de la Sierva de Dios se encuentra actualmente en proceso, y nada debe hacer que el lector pueda anticipar el juicio de la Sede Apostólica.

Nota: En la Catedral diocesana de "São Sebastião" en Leopoldina, se ha colocado un buzón debajo de los restos mortales de la Sierva de Dios Madre Vicenta, donde los fieles pueden dejar sus peticiones de oración, acción de gracias por favores o gracias recibidas a través de su intercesión, y las donaciones para la causa. Estas también pueden ser enviadas a:

Postulación General
Suore Figlie di Gesù
Via S. Giovanni della Croce, 41
00166 Roma
Italia
(Tel. 0039-06-6636224)
(E-mail: *fipostge@tin.it*)

CAUSAS DE CANONIZACIÓN - HIJAS DE JESÚS
Causa M. VICENTA
Calle Zamora, 18-22
37002 Salamanca
España

MAPAS Y FOTOGRAFÍAS

NOTA: Todas las fotografías de los lugares (excepto una de la Catedral de Leopoldina, que se descargó con permiso de la página web de la diócesis de Leopoldina) fueron sacadas por la propia autora, entre los años 2006 y 2009.

ROJAS DE BUREBA, BURGOS, ESPAÑA



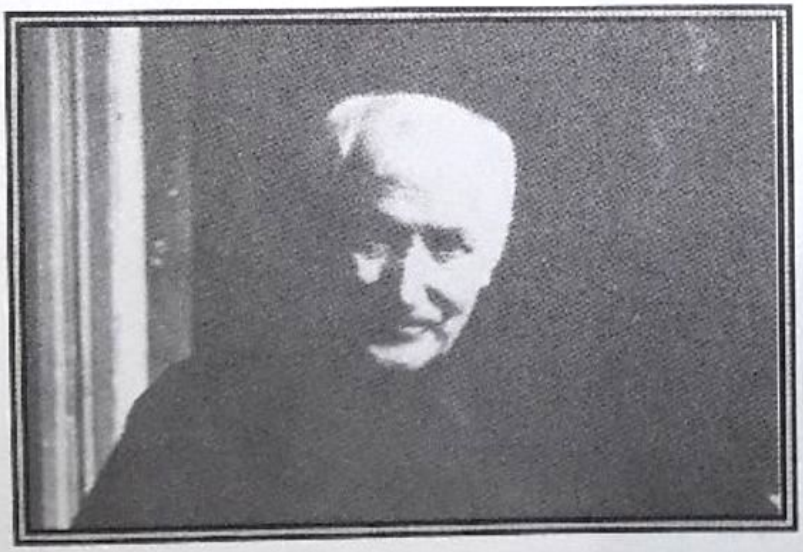
Entrando en el pueblo de Rojas de Bureba



Plazuela del pueblo



La casa donde
nació la Madre
Vicenta Guilarte



Su tío, Melquiades Guilarte,
Escolapio



Su padre, Esteban Guilarte



La iglesia parroquial de San Andrés Apóstol de Rojas, casi al lado de su casa



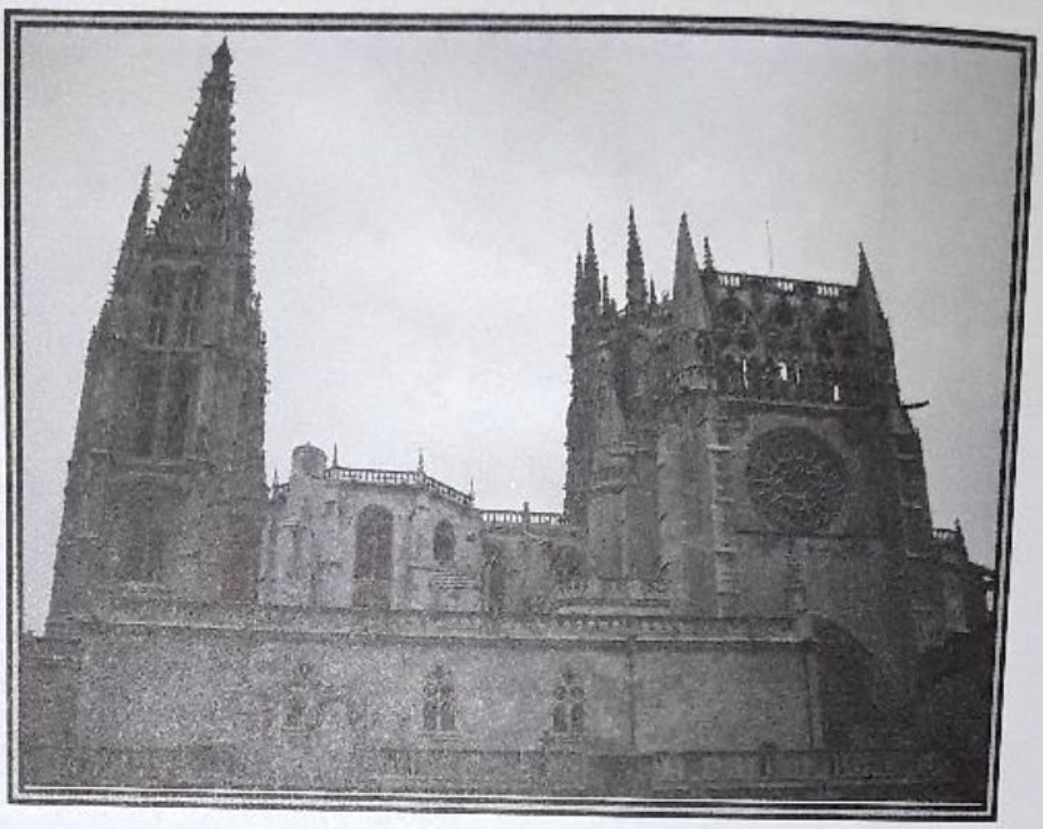
Altar mayor



Pila bautismal

EN BURGOS Y SALAMANCA

La Catedral de Santa María de Burgos - vista desde la Plaza del Rey donde Vicenta estuvo viviendo durante unos años con su hermana pequeña y su tío sacerdote, D. José Guilarte



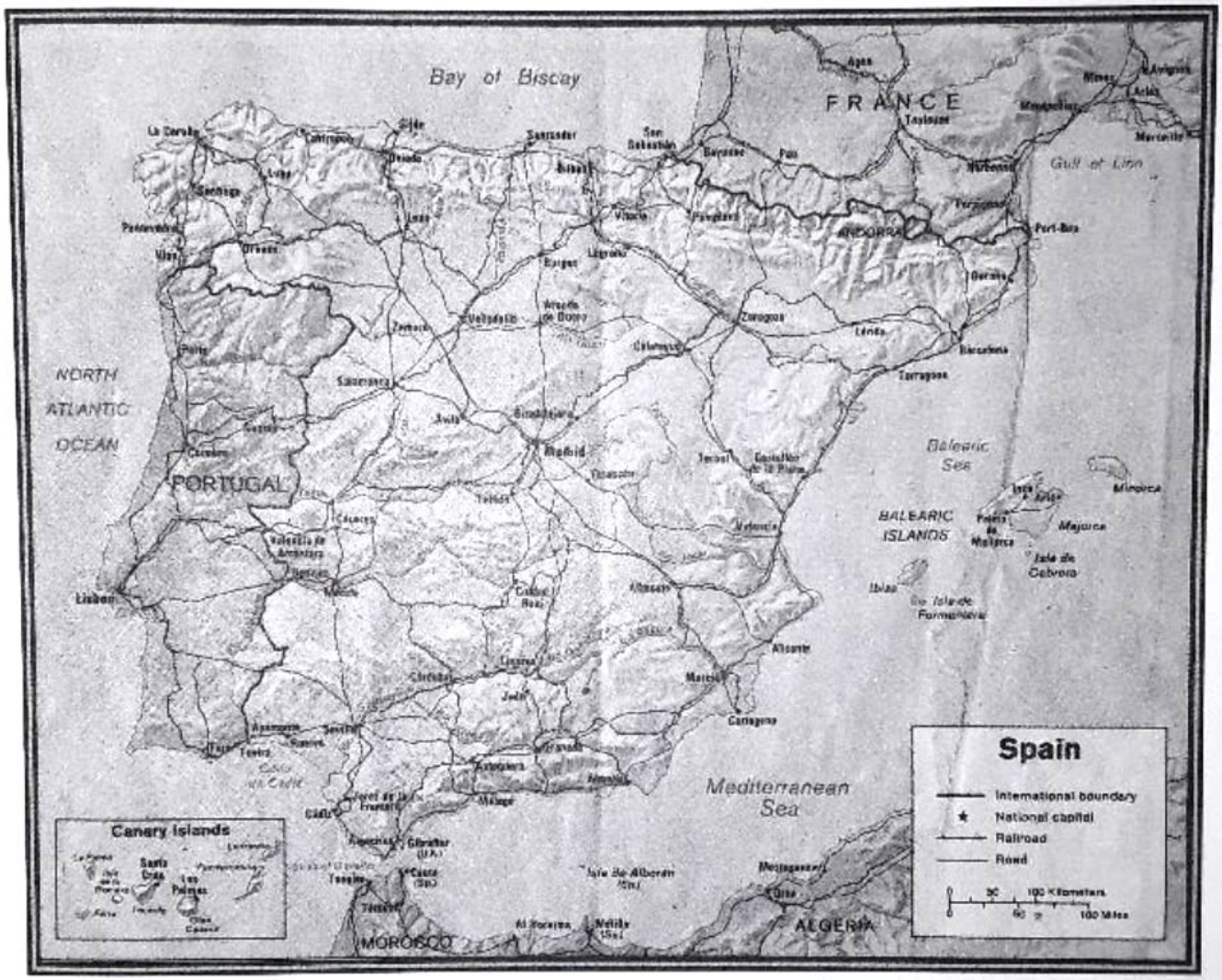


Santa Cándida María de Jesús, Fundadora de las Hijas de Jesús



Una vista de las catedrales de Salamanca

Mapas de España y Brasil (de la página web http://www.lib.utexas.edu/maps/)



Un mapa de España. Se ven Madrid en el centro, Burgos al norte y Salamanca al noroeste



Un mapa de Brasil. Pyrenópolis está en el estado de Goiás y Leopoldina en el estado de Minas Geráis

EN PYRENÓPOLIS, BRASIL

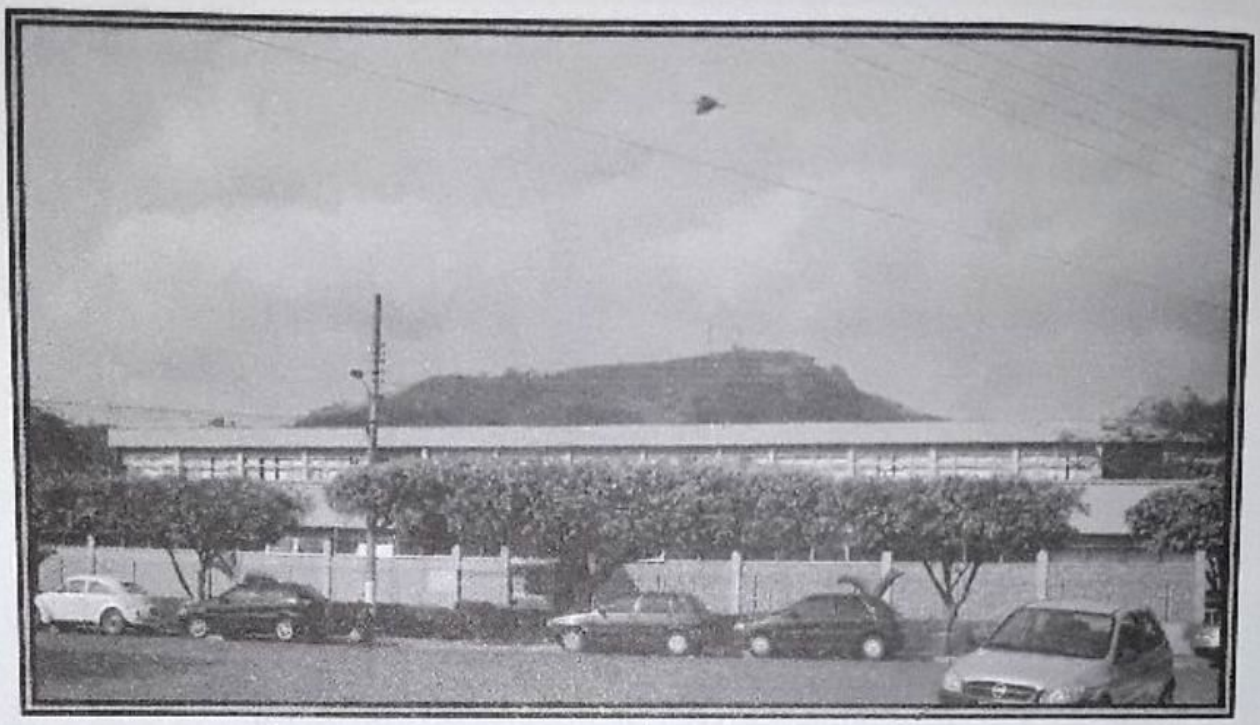


Una fotografía sacada
cuando las hermanas
llegaron a
Pyrenópolis en el año 1911

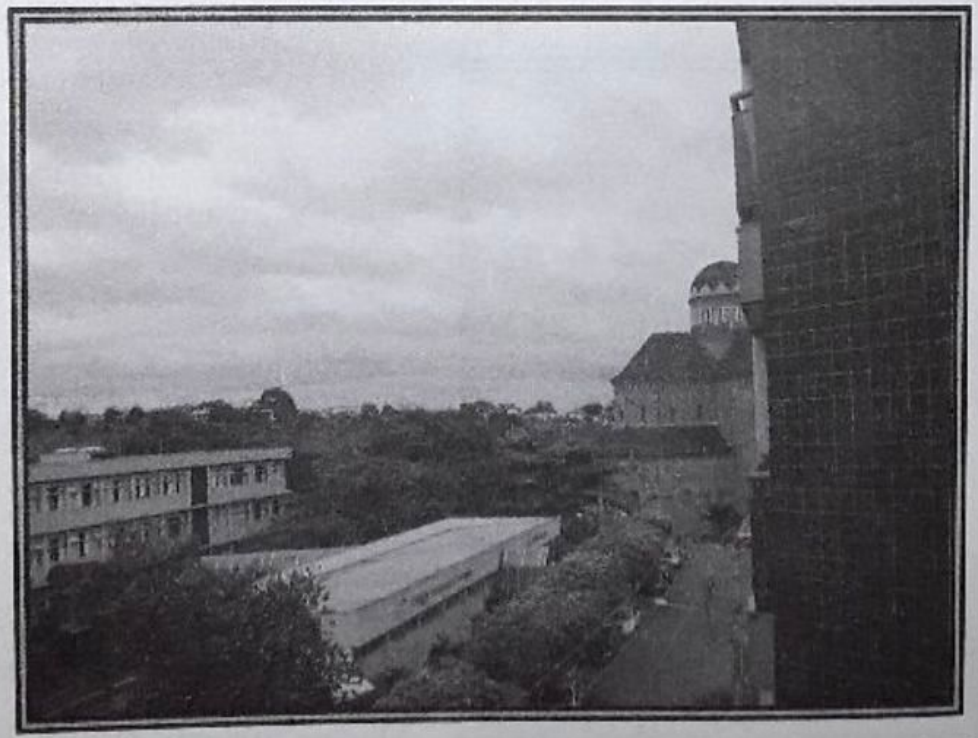


Madre Vicenta Guilarte
en el 1911
Entonces tenía 32 años

EN LEOPOLDINA, BRASIL



Una fotografía actual del Colegio de la Inmaculada Concepción ("Imaculada Conceição") en Leopoldina



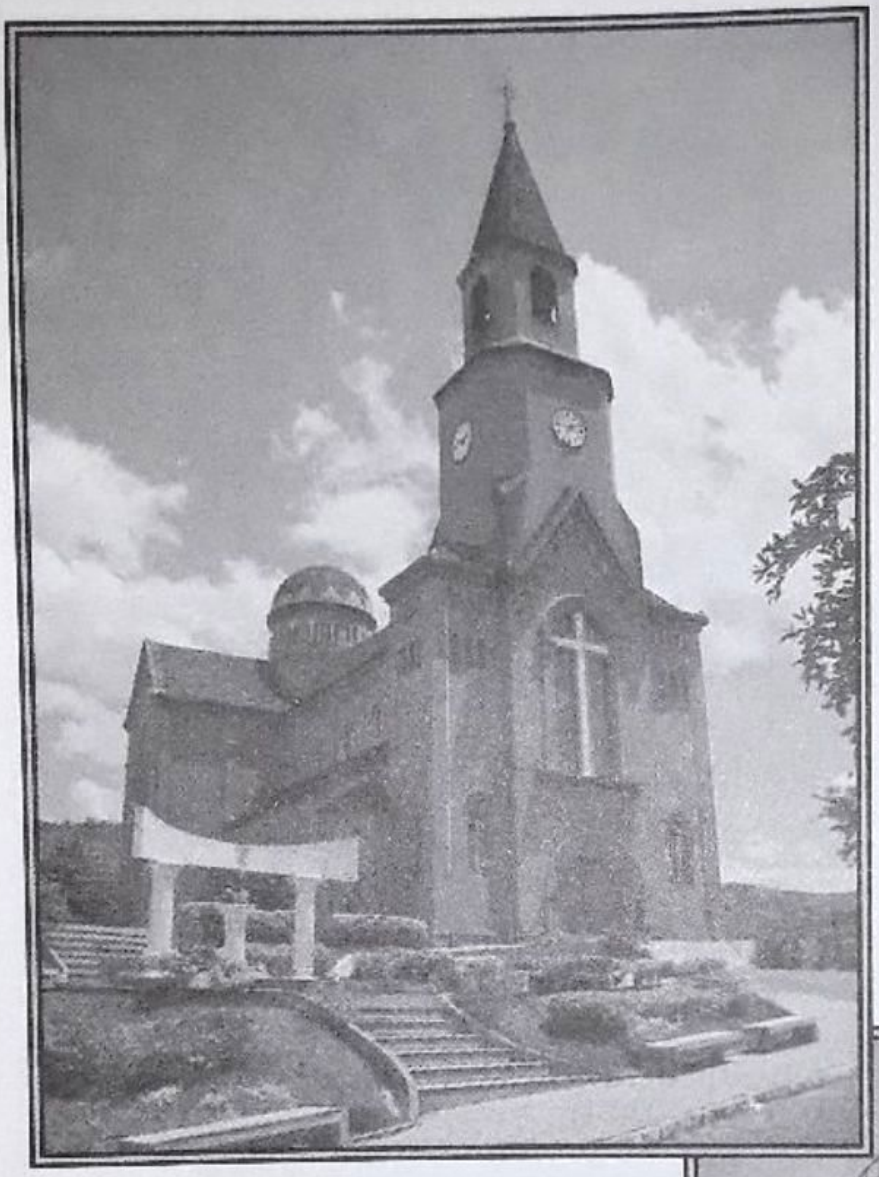
Una vista del colegio y de la parte posterior de la Catedral de San Sebastián (São Sebastião). El colegio antiguo se encontraba a poca distancia frente a la Catedral



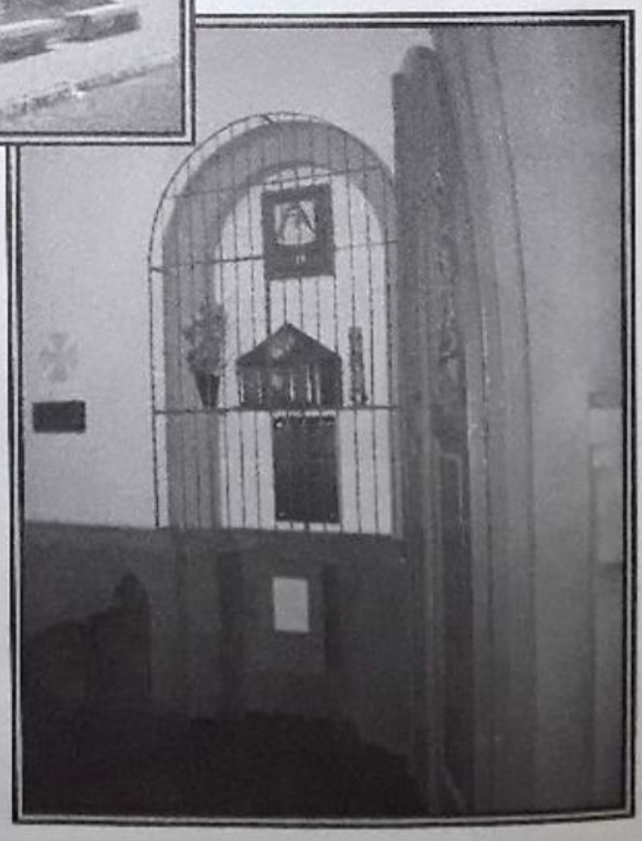
Una vista lateral de la Catedral de Leopoldina, desde el otro lado de la calle, donde se encuentra el Obispado



Dom Delfim Ribeiro Guedes, el primer obispo de Leopoldina que encomendó la diócesis a las oraciones de la Madre Vicenta Guilarte



Una vista
de la fachada
de la Catedral
(la foto es de la página
web de la diócesis de
Leopoldina)
http:// www.
dioceseleopoldina.com



Al lado derecho de
la entrada principal
de la Catedral,
se encuentran los
restos mortales de la
Sierva de Dios
Vicenta Guilarte,
donde fueron
trasladados desde la
capilla del Colegio



Una fotografía de la Madre Vicenta Guilarte en
sus últimos años.
A su muerte, el alcalde de Leopoldina
declaró a las Hijas de Jesús:
**"Madre Vicenta no era sólo de ustedes,
era un patrimonio de Leopoldina"**

ÍNDICE

Una breve biografía

BURGOS (1879-1901) 3
SALAMANCA (1901-1911) 4
PYRENÓPOLIS (1911-1927) 6
LEOPOLDINA (1927-1960) 11
CON LAS ALUMNAS 11
CON LAS FAMILIAS DE LAS ALUMNAS 12
CON LAS HIJAS DE JESÚS 13
CON LOS SACERDOTES Y SEMINARISTAS 14
CON EL OBISPO 14
CON LOS POBRES 15
ANTE LA INMINENTE CLAUSURA DEL COLEGIO 16
HACIA EL FINAL 16
LA CAUSA PARA LA CANONIZACIÓN DE MADRE VICENTA 19
MAPAS Y FOTOGRAFÍAS 21



ORACIÓN

Corazón de Jesús, que diste a M. Vicenta una caridad fecunda en el celo por la educación cristiana de los jóvenes y por la santificación de los sacerdotes, concédenos reverenicarte, como ella, en la Eucaristía y descubrirte en los más pobres, para ayudarlos en sus necesidades y acercarlos a Ti y a María Inmaculada. Alcánzanos también, por su intercesión, la gracia que hoy, confiados, te pedimos para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Padre nuestro...

(Con licencia eclesiástica)

